

desagradable y temía airarla por completo contra él. Cuando la veía tan hermosa sentíase pasto de una ternura inmensa y tenía por un crimen el turbarla en su alegría.

Pero su deber hablaba con voz inexorable. Había jurado velar por la felicidad de Juana, y aquella mundana fiebre que agitaba á la joven, no podía ser más que una amarga voluptuosidad, que la dejaría después arrepentida y desalentada. Quería arrancarla á aquellos placeres insubstanciales y veíase en la necesidad de herirla á cada instante, en sus regocijos y en su orgullo.

Así llegó á convertirse en una especie de espantajo, así para Juana como para la señora de Tellier. Vestíase enteramente de negro, manteniéndose siempre allí y alzándose entre sus mujeres y la vida ligera que llevaban. Componíase de manera que podía seguir las á todas partes para protestar con su presencia contra la frivolidad de sus diversiones.

Nada más extraño que ver aquel singular muchacho pasearse en el París elegante. Habíasele puesto el nombre de «el Caballero negro», y sólo consistía en él el ser afortunado en amores.

Un día Juana había de pedir limosna para los pobres de una iglesia. Daniel, que contaba ya con sus ahorros, fué á colocarse al paso de la pedidora.

La joven se adelantaba, confiada en su graciosa sonrisa, pensando mucho más en la elegancia de su tocado que en la miseria de los pobres. Hallábase allí como en un salón, semi-burlona y semi-sonriente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## IX

Desde la velada en que la había hecho llorar, Daniel existió para Juana; no se le ocultaba que en el corazón de aquel joven latía un sér del todo diferente de los que le rodeaban. A hablar con verdad, antes que atraerla, la repelía. Aquel joven, grave y triste, de rara fealdad, casi la asustaba; pero sabía que estaba allí, en la casa, y que la seguía por do quiera con incesantes miradas.

Siempre que salía en coche, alzaba la cabeza, á pesar de que se hubiese propuesto no alzarla jamás, y le veía á la ventana. Aquello le echaba á perder todo el paseo. ¿Qué sería lo que podría querer? había llegado á preguntarse, temiendo haber cometido alguna falta.

Daniel, por su parte, comprendía que la lucha estaba empeñada, y desempeñaba su papel de preceptor mudo lo mejor que le era dable, con anhelos de postrarse á las plantas de la joven y de pedirle perdón por tanta severidad. Adivinaba que le era

Cuando se halló delante de Daniel, dijo sin mirarle:

—Para los pobres.

La importante cantidad de la ofrenda le hizo levantar la cabeza, y, cuando conoció al joven, se puso como la amapola sin saber por qué. Continuó su petitorio, pero las lágrimas brotaban de sus ojos.

En otra ocasión, asistía en un teatro á la representación de una comedia un tanto libre, y se reía, aunque sin comprender siempre los chistes de los actores. Al volver la cabeza vió á Daniel, que parecía mirarla con reproche. Aquella mirada le llegó al corazón; sin duda hacía mal, pensó, pues el Caballero negro estaba disgustado. No volvió ya á reirse una sola vez, y, durante el entreacto, fué á ocultarse en el fondo del palco.

Pero el hecho que más llegó á impresionarla, fué la intervención de Daniel en una triste escena á que dieron lugar, tanto ella como su tía. La señora de Tellier, ya en otra ocasión, había sido insultada, cuya deplorable aventura vino á renovarse. Dos mozalbetes, regocijados sin duda por un excelente almuerzo, creyeron habérselas con muchachas alegres. Aquellas damas, vestidas por modo tan extraño, parecieronles de fácil conquista. Uno de ellos hasta llegó á asegurar que las conocía.

—¡Eh, Pomponette!— exclamó dirigiéndose á Juana.

Y como la joven le mirase espantada y sobrecogida:

—¿Vas ahora á hacerte la orgullosa?—añadió,

Pero bruscamente se sintió cogido por el brazo; Daniel le tenía fuertemente apretado.

—Caballero,—le dijo,—usted se equivoca... Pida usted sin tardanza perdón á esas señoras.

Le dijo sus nombres y le llevó ante la portezuela del coche. El joven balbuceó, y por toda excusa:

—Perdonen ustedes,—dijo,—pero si las mujeres honradas se parecen á las que no lo son, ¿cómo quieren ustedes que se las distinga?

Daniel le soltó y subió al coche. El cochero recibió orden de volver á la calle de Amsterdam. Y al restallar el látigo se reía burlonamente.

El coche atravesaba la plaza de la Concordia, cuando Daniel distinguió á una reina del «demi-monde», que pasaba con gran algazara. Señalósele á Juana y le dijo sencillamente:

—Señorita, ahí tiene usted á Pomponette.

La joven miró á la desdichada por quien se la acababa de tomar y se puso como el carmín al ver que sus trajes eran iguales; la misma extravagante elegancia, el mismo lujo indolente. En cuanto hubo llegado á su casa, subió á su habitación para llorar con todo desahogo y para apaciguar por tal modo la ira que sentía hacia Daniel.

La señora de Tellier aborrecía al secretario de su marido. En aquella última aventura no había podido por menos de darle las gracias; mas se sentía en gran manera irritada por el continente de aquel mozo, que constituía, á su modo de ver, una mancha negra en su casa.

En más de una ocasión, había intentado que

se le despidiera; pero el diputado tenía apego á Daniel, que se hacía indispensable. Estábase permitido ser todavía más necio, desde el momento en que pagaba una inteligencia para tener talento; y sentíase tan á su sabor en su tontería, qué buen cuidado tendría en privarse de aquella cómoda ciencia. Las quejas de su consorte acogíalas con condescendencia llena de superioridad; mandóla á sus trapos, diciéndola que puesto que él toleraba sus tocados, ella tenía que tolerar á su secretario. Mientras no había sido más que industrial, se había mostrado obediente; pero desde que era diputado, había tomado actitudes de amo y señor, y quería dirigir cuanto se hallaba en torno suyo.

Daniel no se daba siquiera cuenta de las iras que suscitaba. Iba derecho á su objeto, como ciego, como hombre fuerte con la generosidad de sus intenciones. En rigor mostrábase poco diestro. La señora de Rionne no había podido dar con abnegación más completa, con tenura más profunda; mas esperaba quizás mayor flexibilidad, mayor habilidad en el cumplimiento de su penosa misión.

El joven cumplía apasionadamente su cariñosa empresa. Sus ignorancias, sus generosas brusquedades le enaltecían más aun. Si se encontraba des centrado en el mundo en que las circunstancias le obligaban á vivir, representaba en cambio en él la fe jurada, la abnegación. La difunta, en las clarividencias de la muerte, había juzgado á Daniel. Mientras que el señor de Rionne acababa de arruinarse, sin parar siquiera mientes en que tenía una

hija; mientras que la señora de Tellier trabajaba egoístamente en la desgracia de Juana, él, sin contar con más parentesco que el del agradecimiento, velaba por aquella niña y sentía amargamente no poder invocar título alguno humano para obtener su cariño. Había concluído por comprenderlo así y no pasaba día sin que la ofendiera. Era indudable que Juana se preguntaría con qué derecho la seguía á todas partes, mirándola con sus severos ojos. No era para ella sino un simple empleado, un pobre diablo que se ganaba el pan con gran trabajo. Por compasión no quería hacerle despedir. Y en cuanto á él, en su rudeza fingida, sentía grandes desfallecimientos; sentía á veces que el desdén de Juana le abrumaba y que su corazón se aniquilaba entonces en agonía sin límites.

Si hubiese estudiado mejor las temerosas al par que altivas miradas que la joven le dirigía, á buen seguro que habría experimentado una alegría consoladora. Daniel excitaba en ella una emoción indefinible; las ternuras que dormían en el fondo de su sér se agitaban sordamente; tomaba por transportes de cólera lo que tan sólo era el inquieto despertar de su corazón. Daniel le producía un remordimiento que no se quería confesar. Cuando se hallaba en su presencia experimentaba una especie de bochorno, y ésto era lo que la amostazaba contra él.

Una y otra vez Daniel repetía todas las mañanas que había hecho muy mal en no robarla cuando era pequeñita; esta era su eterna desesperación,

Ponía frente á frente de esta cabeza de chorlito, de esta burlona, la joven dulce y buena que él habría educado. Le habían mal criado el corazón de su niña, y ahora ya no le era posible renovar su educación; presenciaba con dolor las ligerezas, las maldades de aquella alma perdida, de la que había jurado hacer un alma tierna.

Un día entró Juana en el gabinete del señor Tellier en busca de un libro, y se tomó el maligno placer de moverse en torno de Daniel, á quien creía poner en zozobra. Había observado que el Caballero negro no era severo sino delante de la gente, y que se convertía en extremo tímido cuando se encontraba á solas con ella.

Y aquella observación era exacta; sentíase apocado delante de la joven. No había pensado en explicarse jamás los rubores súbitos, los temblores que le sobrecogían en su presencia, en la intimidad. Temía verla, oirla cara á cara, porque sentíase tan sólo un niño, y de ella entonces era la ventaja.

Juana aquel día, desesperando de hacerle levantar la cabeza, iba á retirarse cuando la falda de su vestido fué á engancharse en el ángulo de un mueble y se desgarró con ruido seco. Al crujir de la tela, miró y vió á Juana que le sonreía tranquilamente mientras desenredaba el vestido.

Vió la necesidad en que estaba de hablar y salió con una tontería.

—Hé aquí un vestido perdido,—balbuceó.

Juana le echó una mirada de sorpresa que á

todas luces quería decir: «Y á usted ¿qué le vani qué le viene?»

Y acto continuo, con su maligna sonrisa le preguntó:

—¿Sería usted sastre, por ventura, para poder apreciar el daño recibido?

—Como soy pobre,—repuso con más firmeza Daniel,—no me gusta ver que se pierden las cosas caras. Perdóneme usted.

La joven se sintió conmovida por la emoción con que había pronunciado tan sencillas palabras.

Se acercó á él, y agregó:

—Por lo que se ve, señor Daniel, usted detesta el lujo...

—No lo detesto,—contestó el joven,—sino que le temo.

—¿Y acaso para ejercitarse en el valor es por lo que frecuenta usted los sitios en que se reúne la gente de buen tono? Creo que en ellos le he visto á usted alguna vez.

Daniel no contestó.

—Temo el lujo,—repitió,—porque es peligroso para el corazón.

Juana se sintió herida por la mirada con que acompañó estas palabras.

—Es usted menos que galante,—concluyó con sequedad.

Y salió, irritada, dejando al pobre secretario desesperado por su torpeza y su grosería.

De sobra veía que la joven se le escapaba y acusábase de no saberle dar lecciones dulces y pro-

vechosas. Cuando había conseguido enternecerla y borrar la burlona sonrisa de sus labios, hé aquí que se le ocurría pronunciar palabras sobrado crudas que la ofendían y la irritaban.

La verdad era que no estaba en su mano luchar con ventaja contra las influencias omnipotentes que rodeaban á Juana; pertenecía á la sociedad, vivía en una fiebre continua que no la dejaba oír las sor-das quejas de su corazón. Las emociones que las palabras de Daniel despertaban á veces en ella, veíanse rápidamente sofocadas por el aturdimiento constante del ambiente que respiraba.

La escena del vestido desgarrado se renovó más de una vez. Daniel tuvo con frecuencia ocasiones de venirle con reflexiones morales, y veía con dolor que retrocedía en lugar de adelantar en el corazón de Juana. Encontrábala en seguida más fría y más desdeñosa. Sin duda pensaba que aquel pobre diablo se mezclaba en lo que maldito podía importarle, y él no podía gritarle:

—Usted es mi amadísima hija y no vivo más que para usted. Usted constituye el precioso legado de aquélla á quien lo debo todo. Las bondadosas palabras de usted me embriagan de dulzura, sus malignas sonrisas me laceran y me destrozan. Por piedad, sea usted buena, déjeme obrar, se lo suplico; trabajo únicamente para la felicidad de usted.

Había abrigado un gran temor, de que, por fortuna, se veía libre. Temblaba de que el señor de Rionne se acordase y de que se ocupase de su hija; pero, desde que habitaba en casa de los Tellier, no

había visto por allí á aquel hombre cuya viciosa vida le espantaba.

El señor de Rionne se olvidaba por completo de que tenía una hija. Fué á verla una vez, después de su salida del convento, con el único fin de recomendar á su hermana que no se la devolviese jamás.

—Ya comprenderás,—le dijo con una sonrisa,—que yo no recibo más que á hombres, y Juana no estaría en mi casa en el lugar que le corresponde.

Y se fué, en la seguridad de no ser molestado, y feliz con la precaución que acababa de tomar. No volvió, temeroso de tener que aguantar algún capricho de su hija.

Pero Daniel se tropezaba á menudo en la casa con un rostro que le inquietaba. Lorin se encontraba allí á la continua; tenía buena labia, presentábase amabilísimo y procuraba agradar. Y á Juana parecía que le gustaba verle, oírle. Sabía divertirla; cuando se hallaba malhumorada, consentía con mil amores en servir de blanco á sus epigramas. De este modo se hizo casi indispensable.

Preguntábase Daniel con terror qué era lo que quería aquel hombre. Las pocas palabras que había cruzado con él le llenaban de inquietud. Desde aquel día no le perdió de vista y hasta buscó los medios de interrogarle; mas nada supo que confirmase sus sospechas.

De todos modos se ponía á temblar y deseaba ardientemente sustraer á Juana á las influencias que la hacían mala. Confesábase que sería impotente, mientras se sintiese ella aturdida por los pla-

ceres del mundo. Habría querido llevársela, lejos de la multitud, á una soledad tranquila.

Su sueño fué atendido.

Una mañana el señor Tellier le dijo que de allí á ocho días partiría con su mujer y Juana, para ir á pasar la temporada de estío en el campo. Contaba con llevarse á su secretario, para ocuparse con él de su gran obra, que no adelantaba sino á paso de tortuga.

Daniel subió á su habitación lleno de inmensa alegría. Había pasado un invierno terrible, llevando una vida que le mataba, y decíase que por fin iba á respirar, en el amplio horizonte, al lado de su amadísima Juana. Allí, en la dulce paz de la primavera, daría cumplimiento al mandato de la muerta.

Ocho días después hallábase en Normandía, en la finca que el señor Tellier poseía en las márgenes del Sena.

## X

La posesión del señor Tellier, el Mesnil-Rouge, como se la llamaba, se extendía en la suave pendiente de un ribazo que bajaba hacia el Sena. La habitación era una de esas grandes é irregulares moradas, á las que cada propietario agrega una parte y que acaban por parecerse á pueblecitos, con sus techumbres de todas formas y de todas alturas. En medio de aquel hacinamiento de paredes, la mirada no reconstruía sino con gran trabajo la casa primitiva, construída con ladrillos y con dos alas en torno. Las ventanas, largas y estrechas, daban á un prado, cuyo césped se extendía hasta el río.

Detrás de la vivienda había un gran parque que ocupaba toda la altura de la cuesta. Los árboles, de verde sombrío, al destacarse en el azul del cielo, formaban una inmensa cortina corrida sobre el vasto horizonte.

Luego, al otro lado del Sena, la llanura se ensanchaba hasta perderse de vista. Distingúanse aquí y allá las manchas grises de las aldeas, en medio de